

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Virginia.

Con justicia está llamando la atencion del público una tragedia que tiene por protagonista una mujer, Virginia.

Antes de ahora ha servido su vida de magnífico argumento para producciones que han dado recreo y enseñanza al pueblo.

Virginia fué el motivo de una justa revolucion en Roma, en que el pueblo haciendo suya la causa de aquella desgraciada jóven, derribó al tirano y proclamó su soberanía, ultrajada en la virtud.

Pero narremos, si quier ligeramente, la verdadera historia de Virginia.

Hija del plebeyo Lucio Virginio, nació hácia el año 464 antes de Jesucristo. Huérfana de madre desde temprana edad, fué confiada á unas virtuosas mujeres que la criaron y educaron. A los quince años, siendo tan notable por sus virtudes como por su rara hermosura, uno de los decenviros de la república, Apio, tenia su

tribunal en la plaza, y veia pasar todos los dias á Virginia, que concurría á la escuela pública. Enamoróse de ella, y como él mismo habia promulgado la ley que le prohibia tomar por esposa á una mujer plebeya, procuró seducirla, estrellándose en su virtud y en la de las mujeres que la custodiaban todos sus proyectos. Irritado con tal resistencia, hizo que uno de sus clientes, Marco Claudio, hombre intrigante y villano, la detuviera un dia que iba con su nodriza, reclamándola como esclava, é intentó llevársela por fuerza á su casa. La nodriza imploró entonces el auxilio del pueblo en favor de la hija de Virginio, y de la prometida esposa del ex-tribuno Icilio. No se mostró sordo, y tuvo que ceder Claudio, y la citó ante el tribunal del decenviro.

Allí adujo falsedades por pruebas, y pidió que en tanto que su padre venia, se le entregara interinamente. Numitorio, tio de Virginia, se opuso; pero no le atendió Apio, y decretó á favor del infame Claudio. Virginia y las demas mujeres prorumpieron en lágrimas y gemidos al oír tan injusta sentencia; el pueblo se indignó, y entre la muchedumbre

salió Icilio á defender á la que habia de ser su esposa, conmoviendo su discurso al pueblo y atemorizando á Apio, disimulando su resentimiento, trasladó el juicio al siguiente dia.

En tanto envió un aviso para que detuvieran á Virginio; pero ya habia salido éste del campamento, anticipándose el amor al odio, y por un camino estraviado llegó á Roma, y calmó la furia de Icilio y los temores de Virginia. Al dia siguiente se presenta con ella en el foro.

La palidez de la jóven, su hermosura realzada con las lágrimas, y el dolor varonil de su padre, que tendia á los conciudadanos sus membrudos brazos implorando socorro, enternecieron todos los corazones. Su infortunio advertia á cada familia los peligros que la amenazaban. Apio sube al tribunal con ademan fiero: las tropas bajan del Capitolio y guarnecen la plaza: el pueblo en un profundo silencio parece esperar su condenacion. Empieza el juicio; justifica Virginio la legitimidad de su hija; pero el juez infame decreta que pertenece á Claudio. Los circunstantes prorumpen en exclamaciones levantando las manos al cielo; y Apio, fuera de sí, los amenazó como sediciosos, y ordenó á los lictores que entregasen la esclava á su dueño. La multitud se retira atemorizada, y la infeliz doncella iba á ser víctima de la infamia, cuando Virginio obtuvo licencia para hablarla por última vez, y con una serenidad que solo indicaba la desesperacion de su alma, se acercó con Virginia al puesto de un carnicero, y apoderándose de un cuchillo le clavó en el corazon de la vírgen, diciendo:

—Este es, mi querida hija, el medio

único de conservarte el honor y la libertad.

Virginia espiró en el acto: su padre maldijo á Apio, y con el cuchillo ensangrentado en la mano, se abrió paso por entre la multitud; llegó al ejército, le sublevó; alzóse tambien el pueblo al grito de venganza y libertad; y mientras las matronas y doncellas romanas hicieron magníficos funerales á la inocente víctima, se abolieron los decenviros, se reinstalaron los cónsules y tribunos, Apio se suicidó en su encierro, y Roma respiró libre.

Tal es el asunto histórico que ha desenvuelto tan acertadamente el señor Tamayo, que dió celebridad á Alfieri, y que aumentó la gloria de la historia de la mujer, que tan grande se presenta en la historia del mundo.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL AUTÓMATA.

NOVELA.

Por Doña Reobustiana Armiño.

(Continuacion.)

Maese Guillermo Koerner enjugó dos gruesas lágrimas que corrian por sus megillas, y recobró poco á poco la serenidad y la calma.

—Pero, señor, dijo Sapajou, despues de algunos minutos de silencio, yo no veo aquí nada que os impida emprender la obra que el principe y la duquesa desean.

—Oh! si, papá, exclamó Lisbeth, ébria de gozo; hacedla, hacedla; seria tan lindo ver una muñeca como la que habeis dicho.

El viejo se sonrió.

—¿Y creéis, les dijo, que el demonio del orgullo que habitaba en mi alma haya muerto tan de veras que sea imposible resucitarle? Oh! no! no quiero hacer la prueba.

—Pero, señor, diez mil rixdales! os haciais rico! y tan rico!

—Sí, sí, papá, añadió Lisbeth, podríamos ir á vivir al campo, en una casita pintada, fresca, y con árboles y jardines. ¡Ah! qué contenta estaria yo entonces... Papá!... papá!... haz esa muñeca, y aunque sean mas, que cuando seas rico ya no tendrás que trabajar nunca.

Házla! házla! te querré tanto! y sobre todo, ver una muñeca que anda, que salta, y juega y habla... Oh! qué dicha!... Y la niña saltaba como una loca sobre las rodillas de Maese Guillermo, le abrazaba, le acariciaba, descomponia su peluca, y usaba en fin de toda la seducción que impera un arsenal de caricias y de coqueterías infantiles.

—Diez mil rixdales! oh! es una suma un poco fuerte, murmuró el viejo... y sobre todo, volver á trabajar en aquellas hermosas combinaciones de otros dias! Lisbeth, Lisbeth! Dios querrá que mi obra tenga buen fin, porque bien vé que solo aspiro á tu dicha.

—Y luego, añadió Sapajou, que he dado palabra por vos, y no os seria tan fácil escaparos de cumplirla... cuando la gran duquesa quiere una cosa, la quiere de veras, y su tio, el Principe-regente, que no piensa mas que en satisfacer sus menores deseos, dificilmente aceptaría las excusas que quisierais darle.

—Convenido, dijo casi con alegría Maese Guillermo, mañana iré á palacio; pero os encargo, hijos míos, que no reveleis jamás á nadie lo que acabo de confiaros.

El pajecillo abrazó con alegría á su antiguo preceptor, y despues de haberle dado

algunas instrucciones, acerca de las maneras con que debia presentarse en palacio, salió de la tienda del relojero.

Todo el resto de la noche la emplearon padre é hija en escoger el traje con que debia presentarse Guillermo, y despues de haber escogido una camisa de chorrera de encaje, amarilla ya de puro guardada; unos calzones de seda negra, que no necesitaban mas que dos ó tres cosidos, y una enorme peluca á la antigua, ambos se durmieron con la cabeza llena de ideas risueñas y consoladoras.

El primer albor de la mañana les halló ya en pié; pero dejemos á Maese Guillermo hacer su tocado, y vamos á aguardarle al palacio de la gran Duquesa.

(Se continuará.)

UNA NOCHE EN EL TEATRO REAL.

El helado anciano á quien llaman invierno, verdadero Judío Errante, que en su incansable y eterno andar da vuelta periódicamente, desde la Creacion, á toda la redondez de la tierra, habia ya sentado sus reales á los piés del Leon que divide las Castillas, coronando con su nevada cabellera la cima del Guadarrama. Desde allí soplaba con su frio aliento los desiertos jardines de la Plaza de Oriente en la noche del domingo 16 de noviembre del año de 1851. Aproximando el viejo sus ateridos piés á las hogueras que á la falda del Puerto encendian los pastores, estendió sus brazos por todo el recinto de la Coronada Villa, apretando entre sus convulsas manos el vasto edificio del *Teatro Real*, como un calorífero, templado por el fuego y la vida que en su recinto encerraba.

Grandioso punto de vista se presentaba en aquella noche, desde la puerta que da entrada á las butacas por la parte opuesta al escenario, levantado ya el telon en la representacion de *Lucrecia Borgia*. A los que estábamos acostumbrados á los antiguos teatros

de la corte, de tan mezquinas proporciones, de tan reducido foro, causaba un efecto sorprendente la magnificencia del local y su brillante concurrencia, reflejada como en un espejo en otro pueblo numeroso y aparentemente no menos lujoso que llenaba la escena.

No es ya un jardín ó un cenáculo raquítico donde celebran una orgía los compañeros de Genaro, casi solos y aislados, es un pueblo entero el que los rodea con la algazara y vida propia de un Carnaval de Venecia; es esta misma reina del Adriático con sus suntuosos palacios, con sus canales y góndolas, la que se ofrece á la vista del espectador, y en primer término un magnífico paseo lujosamente iluminado con elegantes faroles de colores, que incendiándose de vez en cuando al soplo del viento, pone en alarma á alguna niña asustadiza, temerosa de ver reproducida la catástrofe que oyó contar á su abuelo, acaecida años há en el teatro de Zazagoza.

La concurrencia que llena el *Teatro Real* se compone de dos públicos, que ni se ven allí, ni casi se conocen fuera.

Dejarémos para otro día el ocuparnos de la parte del público, desterrada á las localidades del Purgatorio, llamado *Paraiso*, verdadero Olimpo por su situacion encumbrada; concurrencia numerosa, condenada por la disposicion del local á oír y no ver, atenta, por decirlo así, á un telégrafo armónico.

Nuestro público de esta noche, pues en él estábamos, es el público *fashionable* que llena diariamente los suntuosos palcos y magníficas butacas. La aristocracia de la sangre, del dinero y de la belleza competían en lujo y atractivo entre *Ellas*, y *Ellos* por rendirles el homenaje debido ostentaban en su traje la etiqueta mas refinada.

Cuatro personas ocupaban uno de los palcos de la derecha. Eran dos señoras y dos caballeros. Una de aquellas, flor ya marchita, sin duda la mamá, conservaba restos que indicaban su pasada belleza: la otra, nuevo capullo, en toda la plenitud de la suya, ostentaba en su rostro la frescura de unos diez y ocho abriles; sus rasgados ojos, sus negros y lustrosos cabellos, sus correctas facciones indicaban desde luego su origen meridional.

Era por aquella época cuando Mad. Bloomer habia enarbolado en América la bandera de su cruzada femenina, y se esparció la voz de que una jóven que hacia algun tiempo frecuentaba los círculos de la corte vestida de hombre se hallaba aquella noche en el teatro. Lanzábanse los gemelos desde los palcos en todas direcciones sobre la sala, adonde se suponía al atrevido imberbe.

Si esta curiosidad era general se particularizaba infinitamente en el palco de que hemos hecho mencion. La niña de los buenos ojos, dirigiéndose á uno de los caballeros, moreno, de bigote negro, de arrogante figura: Pablo, le dijo, no se canse Vd. le digo, que seguramente está en el teatro.

—Quimera, contestó Pablo.

—Siempre ha sido incrédulo en este punto, repuso el otro jóven, mas delgado y rubio: cuando hace dos años cursábamos jurisprudencia corria muy válida la voz en las cátedras de que *ella* las frecuentaba con nosotros, y nunca quiso asociarse á nuestras pesquisas; no se canse Vd., Carlota, no le convencerá.

—Estoy cierta, Adolfo, podría señalarla con el dedo, y para convencer á este descreído le he de hacer que tome parte en descubrirla: tengo capricho en ello, y así, señores, ofrezco el primer schotisch que se baile en el *soirée* que nos va á dar la condesa de M. al que la encuentre y obligue á confesar su disfraz.

—¿Pero está Vd. segura de que se halla en la sala? preguntó Pablo.

—No diré tanto, y por lo mismo pueden Vds. escoger á su gusto las localidades del teatro ó echar suertes.

—¿Cuál escoges? dijo Pablo.

—Yo las alturas, respondió Adolfo, porque aunque no me parece imposible ese disfraz, no la creo tan osada que se presente en las butacas.

—Mejor es que echen Vds. suertes, dijo la mamá.

De repente un ligero estremecimiento de Carlota, hizo levantarse á Pablo; mas ya era tarde: afectaba mirar distraída sin direccion marcada.

—¿La ha visto Vd., Carlota? la dijo.

—No, contestó ella; antes bien creo que en la sala no está.

—Entonces la victoria es mia, repuso Adolfo.

Paseó sus miradas Pablo por la sala y reparó, no sin disgusto, en un jóven rubio, que con sin igual impertinencia fijaba los lentes en Carlota, y se sonreía satisfecho.

Pablo amaba á Carlota, y tenia, como todos los amantes, celos hasta de su sombra. ¿Quién será este? dijo para sí. ¿Si tendrán relaciones? Si será *ella*? le ocurrió de repente; y en esta doble duda salió del palco precipitadamente.

Pocos momentos despues ocupaba, por cambio con otro amigo, la luneta inmediata á la del desconocido.

Era este de mediana estatura, estremadamente blanco: escaso bozo sombreaba su lábio superior, y del inferior pendia un lunar con honores de perilla: su rubio cabello, partido casi en la mitad de su frente, caía hácia atrás por ambos lados, á manera de bandós, flotando encima del pequeño cuello de su elegante frac largas melenas, que parecian un peinado de dama á la romana. Su talle era delgado: su pié diminuto encerrado en una charolada bota, se ocultaba casi en el pantalon un poco ancho que la cubria: su adamada mano apenas podía contener los disformes gemelos que flechaba con impavidez.

Observábale Pablo con tanta obstinacion, que el jóven se impacientaba de encontrar siempre fija sobre sí la tenaz mirada de su *ad latere*.

Complaciase éste en su inquietud, confundiendo sin embargo sus ideas en la duda de si podía tenerle por unpreciado rapaz ó por la dama misteriosa, objeto de sus pesquisas.

Trató en vano de entablar conversacion, pues el jóven, fijo en Carlota, apenas contestaba con monosílabos á las preguntas de Pablo.

Viendo inútil toda tentativa de comunicacion directa trató de picarle, y se puso á tararear á su oído en voz apenas perceptible la conocida cancion que ha popularizado Sa-

las:

No disfraces tu gracia
niña bonita,
que el talle se desgracia
con la levita.

—¿Es á mí esta alusion, caballero? por quién me tiene Vd.?

Gozoso Pablo de haberle picado, y satisfecho de hacerle entrar en conversacion. ¿Conoce Vd., le dijo, á esa señorita, á quien parece quiere devorar con los gemelos? Aspirará Vd. acaso.... Sería chistoso. ¿Podría Vd. decirme cuáles son sus relaciones con ella?

—Son mas íntimas que las de Vd, contestó el jóven entre irritado y satisfecho: despues inclinado al lado de su interlocutor tarareó á su vez *sotto voce*.

Aquí tuvo principio una escena cuyo conocimiento creemos no desagradará á nuestras lectoras. Acababa de bajarse el telon de boca, á la conclusion del segundo acto de la ópera seria, y tuvo principio una parte de zarzuela ó su parodia entre nuestros interlocutores de las butacas:

EL JÓVEN. Dos años há en la fiesta
de San Fermin
que Carlota, una siesta
y en su jardin,
me dió, tierna y sencilla,
con fé leal
este anillo dó brilla
timbre ducal.
Si de amor y terneza
premio logré,
con constancia y firmeza
probé mi fé.
¿Y no he de estar ufano?
Pues, sí, señor.
Soy su amante, su hermano,
su trovador.

PABLO. Oh! qué triste y verídica
revelacion!
cómo afecta fatídica
mi corazon!
Cuando creí pagada
mi ardiente fé,
es vendida y burlada
por quién? no sé.

Oh ! ya que el amor mio
tiene un rival,
si en su desnudo y brío
me fuere igual !
Mas si le reto airado
qué hallo ? Un doncel,
y dudo en lo adorado
si es ella, ó él.

JÓVEN. Suspended la burla amarga
si no lo he de haber á ultraje,
porque en los de mi linaje
la paciencia no es muy larga.

PABLO. Sois vidrioso ?

JÓVEN. Sí, por Dios.

PABLO. Mas decidme, criatura,
qué he de hacer, si por ventura
encuentro un rival en vos?
Sedme franco: vamos claros,
qué sois? doncel ó amazona?

JÓVEN. Uso espada que me abona.

PABLO. Tendré entonces que mataros.

JÓVEN. Lo veremos.

PABLO. ¿Fué ó no cuento
lo del jardin, el Palacio,
y el anillo de topacio?

JÓVEN. Caballero ! Yo no miento.

PABLO. Ser vos su amado es quimera;
mas humos tiene la dama.

JÓVEN. Que me quiere mucho es fama
porque soy... un calavera.

La acompaño
todo el año,
dia y noche,
á pié y en coche,
á paseo,
y de bureo,
y asisto á su tocador;
allí enredo
cuanto puedo,
bien con ella
ó su doncella,
de rechazo
me disfrazo
y doy chasco á su amador.

Despues de una corta pausa, mirando Pablo al palco y retorciéndose el vigote, continuó:

PABLO. Ay, Carlota ! si logro una cita (Ap.)
por esta rubita
te voy á plantar.

Que es glorioso rendir á una bella
que sigue la huella
de Bloomer y Sand.

JÓVEN. Ay, Carlota ! tu amante hizo fiasco:
no sabes el chasco (Ap.)
que le voy á dar.

Tú le has hecho jugar con el fuego,
no estrañes si luego
le ves vacilar.

PABLO. Mas detrás de la cruz está el diablo,
por Dios, guarda, Pablo, (Ap.)
te pueden burlar.

Oh ! Si advierto que aquí hay un em-
la niña y el pollo brollo,
me la han de pagar.

Aquí fijando el jóven su vista en Pablo, y dándose un poco de importancia, le dijo:

JÓVEN. Llevais un año
de merecer
tanta constancia
yo no tendré.
Y acaso, acaso....

PABLO. Cedeis ?

JÓVEN. No sé....

Mas una prueba
quiero tener
de que rencores
no me guardéis.

PABLO. Cuál es la prueba.

JÓVEN. Os la diré.

Es que esta mano
no rehuseis,
y hasta su palco
me acompañeis.

PABLO. Gustoso acepto.

JÓVEN. Vámonos, pues.

Y agarrados del brazo salieron de la sala.
Al entrar en el palco el jóven se arrojó á
los brazos de Carlota, que lo recibió en ellos
sin ceremonia, casi al mismo tiempo que be-
saba la mano á la mamá abrazándola despues.

—Cómo en este traje y sin avisarlo? refun-
fuñó la mamá entre enfadada y gozosa.

—Perdon, mamá, te ruego, dijo Carlota.

—He ganado la apuesta, exclamó Pablo.
Aquí la tiene Vd., Carlota, convertida en
doncel.

—Te equivocas, Pablo, contestó Adolfo,

estamos iguales, porque este es Enrique, hermano de Carlota, guardia-marina á quien tú no conocías y de quien tantas veces la has oído hablar, que cuando menos lo pensaban se presenta aquí sin avisarlo.

—He obtenido una licencia de mis jefes, dijo Enrique, y como hace dos años que no habia visto á mi mamá y hermana, he querido sorprenderlas para ver si me conocían.

—Quien ha perdido aquí soy yo, dijo Carlota, porque no habiendo ninguno de estos señores encontrado á la dama disfrazada, me quedaré sin bailar el *Schotisch* de la apuesta.

—Si no es mas que eso, repuso Enrique, nada has perdido, y he llegado á tiempo de ser el ganancioso, pues yo la veo.

—¿Adónde? exclamaron todos.

—En la escena, á la señora S... cantando el brindis en el papel de Orsini.

PAZ DE VERA.

TEATROS.

Maria di Rohan, presentada cual corresponde al régio coliseo, ha sido perfectamente ejecutada. La Bassegio ha estado enérgica, y Malvezzi se ha elevado á la altura de su papel, siendo no menos aplaudido que ambos el tenor Varesi. Pero así, y todo, ni es tan simpática esta ópera como *Rigoletto*, ni canta en ella la *Gazzaniga*, cada vez mas sublime en la *Luisa*.

No sin razon ha visto *La Cruz* llena muchos dias su espaciosa sala con el conocido drama *Los Perros del Monte de San Bernardo*. La escena se ha vestido cual lo requería, y ha sido esmerada la ejecucion, hasta por parte del perro protagonista.

Hemos reservado el último lugar al *Príncipe*, porque la gran novedad que ha ofrecido debe coronar este ligero artículo. Solo que se diga que todavía son objeto de espe-

culacion los billetes, se reconocerá el mérito que podrá tener la tragedia *Virginia*. Decaido este género de espectáculos, es preciso sea muy interesante el anunciado para que así llame la atencion del público; para que un episodio memorable de la historia de Roma sea tan bien recibido, con sus númenes inverosímiles, como el drama de mayor reputacion. Lo es *Virginia*. Aparte de su versificación, que nada deja que desear por su armonía y cadencia, por su fluidez y galanura, la virtud, el patriotismo y libertad han hallado en el muy jóven don Manuel Tamayo y Baus un intérprete dignísimo. Realizados tan sublimes objetos con inspirado acento, el entusiasmo que ha comunicado á los espectadores prueba que son la vida de los pueblos, que se anidan en el corazon español. Para cinco actos ha dado materia el hecho explicado en el artículo de fondo, y solo en su final se ha ligeramente apartado el autor de la verdad histórica; y decimos ligeramente, porque solo ha cambiado la forma de la muerte de Virginia, cambio feliz, y en que está el gran mérito de la tragedia. En vez de librar Virginio á su hija de la esclavitud y de la deshonra del modo que lo hizo, *hace falta hierro á mi mano*, la dice. Estas palabras, las de *te comprendo*, dándole el puñal de que se habia provisto para que no la deshonrase Claudio, y las que abrazados se dirigen hasta tan heroico sacrificio, bastan para hacer una reputacion imperecedera. Nada mas necesita el señor Tamayo para su gloria: nada se ha dicho de mas efecto en la escena. Y si á la sublimidad de las frases se agregan un Arjona y una Teodora que las digan, y revelan lo que siente el corazon de un padre tan amante al matar á su hija, y de una hija que secunda resuelta su propósito y se le facilita por huir de la servidumbre y la deshonra, ya pueden figurarse los que no puedan asistir á una tragedia de

tanto interés, qué podrá ser esta representada por actores tan eminentes. Otra escena de ejecucion extraordinaria tiene Virginia: el despertar de su sueño, soñando y viendo al decenviro. El aparato ademas, y las decoraciones corresponden á lo que de suyo exigia esa obra inapreciable con que se ha enriquecido nuestra escena, y de que tan legítimamente puede ufanarse el señor Tamayo.

Explicacion del Figurin.

Traje de baile.—Vestido de muaré rosa con adornos de blonda blanca.

El cuerpo es enteramente ajustado, bastante bajo, escotado, y un poco entallado en la cintura: se compone de tiras de muaré rosa, colocadas en forma de corazon, lo mismo por delante que por detrás, y separadas entre sí por entredoses de blonda blanca, de la misma anchura. Una blonda, ligeramente frunciada, forma un volante pequeño, debajo de la cintura. Este cuerpo que ofrece una grande novedad, va armado sobre otro interior que le da la solidez necesaria.

Las mangas son de muaré, huecas y muy cortas, cuya forma les presta un aire gracioso de frescura y lozanía.

La falda de moiré va completamente cubierta por dos anchos volantes de blonda blanca con dibujos mates, y calados de grande efecto. Estos volantes van levantados por los lados y sostenidos por un ramo de rosas y follaje, del que bajan dos enredaderas hasta lo último del segundo volante. En el lado izquierdo del talle se coloca otro ramo correspondiente, de proporciones mas diminutas.

Peinado con bandós huecos y ondeados. Una corona de rosas con ramaje de lirios, describe por delante el corte de una cofia á lo Maria Estuarda, y sus ramos, mas agrupados á los lados van á perderse por detrás. Un rico velete de blonda blanca, con ondas góticas va rodeado por detrás á las trenzas y flores, y cae en forma de echarpe, como un metro de largo poco mas ó menos por cada lado.

Traje de visita.—*Manteleta Moisés* de terciopelo negro con dibujos labrados, y bor-

dados de seda morada, y fleco de seda con grande franja.

Este modelo es enteramente nuevo: sus dibujos se destacan en mate claro sobre lo negro del terciopelo, realzados por el brillo de la seda, en el bordado: y la union de estas labores es de un gusto distinguido.

Con esta manteleta corresponde un vestido de grós, color de pensamiento, con dos volantes, uno que sale de la cintura y el otro que cubre hasta el bajo de la falda: estos volantes van guarnecidos de una tira de terciopelo con dibujos iguales á la manteleta: la del segundo volante es mas ancha que la del primero.

Sombrero de terciopelo, color de pensamiento con adornos de piel de cisne: el ala, muy pequeña, es de terciopelo y va guarnecida de una tira de cisne, que sobresaliendo un poco comunica mucha suavidad á la fisonomía, realzando su efecto algunos lazos de cinta de raso labrado color de oro, colocados entre rosas, y por debajo, rizados de blonda, que á manera de carrilleras se atan en la barba con cinta del núm. 4, y las caidas del núm. 22: el fondo y el ala son de terciopelo y llevan otras dos tiras de piel de cisne.

AGUINALDO FILARMONICO.

Con este titulo ha publicado el acreditado profesor D. Manuel Lahoz una nueva tanda de Walses con introduccion, y toda de fácil ejecucion, dedicados á sus discípulas. Recomendamos á las bellas suscriptoras su adquisicion por el buen gusto con que están escritos.

Se venden, con una elegante portada, al precio de 10 rs., en la Litografía del señor Castelló, Concepcion Gerónima, núm. 1, y en los Almacenes de Música de M. y Salazar, Bajada de Santa Cruz, núm. 3, y Lore, Carrera de San Gerónimo, núm. 13.



3

380

Jules David

Lamoureux imp. r. St. J. de Bonis au 16 Paris

LE MONITEUR DE LA MODE

Modes d'Alexandrie. Fleurs de S. Perrot Petit et C. r. de la Boissière. Collet Henri III en velours frappé et brodé de la M^{me} Crenière Large r. de Clero. Cortège de M^{me} Nathalie (M^{me} Huchez). Richelieu. 32. Mouchoir de Chapron r. de la Paix. 11. Parfums de Sogrand. Breveté par S. M. L'Empereur r. S. Honoré 329. Corsage de M^{me} Clémenceau. r. du Port Mahon. 8. Passementeries de Richelieu Bayard rue S. Denis 40 et rue de la Harpe. 23. — Etroffes des Villes de France. Bijoux en Chaux de Semouvier et C. rue du Cœur S. Honoré. 3

Paris Rue Richelieu. 92.

LONDON at the Monitor Office, 25 Greek Street Soho — NEW-YORK. E. B. Strange and brother

Mit Vorbehalt gegen Nachdruck.

Ayuntamiento de Madrid

